

JAVIER RUIZ MARTÍN

*Luisa de Cervantes*

*Una vida imaginada*





Luisa de Cervantes

COLECCIÓN  
LITERADURA

Javier Ruiz Martín

Luisa de Cervantes

Una vida imaginada



Primera edición: marzo de 2016

© Javier Ruiz Martín, 2016

© de las ilustraciones: Isabel Ruiz Carretero, 2016

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2016  
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FA

ISBN: 978-84-944443-6-4

Dep. Legal: M-6955-2016

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Elena Anguissola en hábito de monja*,  
Sofonisba Anguissola, 1551

Producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Luisa de Cervantes



*A Lucía S. del Parnaso, esté donde esté*



*Porque los sueños, las fabulaciones e incluso  
las adivinaciones pertenecen a la propia esencia de la realidad*

ANA MARÍA MATUTE  
(del discurso de ingreso en la RAE)



## LIBRO PRIMERO



## UN ENCARGO CERVANTINO

EL CALOR SE HABÍA echado encima de pronto a finales de abril, y en los primeros días de mayo los insectos empezaban a proliferar, especialmente en las zonas ajardinadas como las que abundaban en la urbanización de Las Rozas de Madrid, donde me ganaba la vida como conserje suplente. Cuando unas madrugadoras avispas se animaron a rondar por la mañana alrededor de la garita con una insistencia insoportable y amenazaban con meterse dentro, agarré la escoba y a escobazos mantuve una dura y quiijotesca —por lo inútil— lucha que duró hasta la tarde. Las avispas se marcharon gracias al frescor que se levantó al empezar a ponerse el sol, pero justo después surgieron las ratas, enemigos más voraces, que se arremolinaron alrededor de los enormes y hediondos contenedores de plástico

de la calle donde se arrojaban las basuras de los cubos de la urbanización. Algunas ratas amagaban con aproximarse a la entrada de la garita, quizás atraídas por el olor de mi bocadillo de la merienda o por lo que fuera, no era posible saberlo. En ese momento mi única preocupación era mantenerlas a raya, y para este menester utilicé una larga estaca, a modo de lanza, que no había descansado en astillero, sino bajo uno de los mostradores del tabuco. Mi aliado fue la lluvia, como lo había sido el invierno para los soviéticos cuando lucharon contra los nazis, porque con las primeras gotas las ratas, misteriosamente, desaparecieron. Cuando finalizó mi turno y llegó el compañero de la noche —un colombiano simpático y cachas— le conté mi dramática experiencia. Algo debió de ver en mi rostro para decirme:

—¿Tanto te acojonan las avispas, hermano?

—Pican. Y las ratas muerden y contagian enfermedades.

—¡Si son solo ratones! —exclamó como un experto zoólogo.

—Vale, pues cuidado con los ratones. Hasta mañana, y que tengas buen turno. He dejado ahí la lanza... el palo —dije señalando un rincón de la garita—, por si las moscas... las ratas... los ratones.

Llegué a casa agotado. Habían sido doce horas de servicio, de tensión por culpa de las avispas y las ratas, de frustración por tener que vestir un ridículo uniforme... ¿cuán-

to tiempo más? Menuda pinta, dando escobazos al aire y lanzadas en el suelo. ¿Para eso había estudiado Geografía e Historia? Pensé que el desempleo estaba haciendo estragos anímicos en España.

Para olvidar el mal día encendí el ordenador y abrí el único mail recibido. Era de la editorial Funambulista, que había publicado mi primer libro en 2014. El mensaje era claro y conciso: «Con ocasión del IV centenario de la muerte de Miguel de Cervantes, podrías escribir algo relacionado con el tema. Abrazos. Max».

Esa misma noche me fui a la cama, ya obsesionado con la propuesta, como me sucede siempre que me ofrecen un proyecto literario. No soñé con avispas ni ratas. Soñé con el Convento de las Trinitarias Descalzas de San Ildefonso en Madrid, donde se hallan los restos de Miguel de Cervantes. Soñé también con el Convento de las Carmelitas Descalzas de la Purísima Concepción de Alcalá de Henares, donde están los restos de Luisa de Belén de Cervantes, empleados en sus investigaciones por los forenses para contrastar su ADN con el de los posibles huesos de su hermano Miguel. En mi pesadilla, los huesos de los dos hermanos salían a la calle, se encontraban frente a la puerta de mi casa, se juntaban y creaban un ser que me preguntaba constantemente:

—¿Qué pretendes contar de nosotros?

Al día siguiente, antes de ir a trabajar uniformado entre avispas y ratas, abrí el cuaderno para anotar las primeras sensaciones que había tenido durante la noche, relacionadas con el encargo de Funambulista. Guiado por una mano invisible, escribí: Luisa de Cervantes. Sospechaba que era el principio de un relato que iba a ser apasionante, porque yo formaría parte de él como creador y personaje.

## ONCE DE LA NOCHE DEL 12 DE FEBRERO DE 1622

ES LA CELDA MÁS ESPACIOSA del convento. Han corrido la cama hasta colocarla en el centro. Las paredes, blancas y vestidas solo con el crucifijo, están igual de frías que el rostro de la yacente. El jergón donde reposa el cuerpo es el de antaño, tiene más de cincuenta años y está relleno de sarmientos. Cuatro velas blancas, dos en el cabecero y otras dos a los pies, iluminan las cosas con burbujas de luz que crean extrañas sombras; diríase que los grutescos, los dragones y las figuras fantásticas de la fachada principal del cenobio se han unido al velatorio. Acaba de entrar la Maestra, seguida de tres novicias. Las pobres andan asustadas. La Maestra las ha preparado para ese momento; se ha esforzado en explicarles que, ante la presencia de la muerte, las esposas del Señor deben aprender a comportarse como tales. Pero ellas todavía no son esposas,

y, en cuanto una de las novicias ha comenzado a llorar, las otras dos la han imitado. La Maestra las comprende. Ella también necesita llorar, pero se contiene para dar ejemplo a las niñas que tiene a su cargo. Les dice que se sienten en las sillas; hay doce rodeando la cama. Ahora ocho están vacías. Ellas son las primeras en velar a la Madre Priora Luisa de Belén de Cervantes Saavedra. La Maestra piensa que es extraño que todavía no estén allí la Madre Superiora y las otras hermanas. No pueden tardar mucho. El velatorio es para todas, y todas han de entrar. Las Celadoras se asoman a la celda; sus caras parecen también caras de difuntas; se las cubren con el velo mientras entran y se sientan. Al verlas, las novicias, que no llevan velo, se tragan las lágrimas, pues temen que las Celadoras informen a la Madre Superiora acerca de su debilidad y esta les imponga una penitencia. Cuando se trata de la muerte, hay que cumplir las Reglas, igual que para los demás asuntos de la vida conventual. La Maestra reflexiona sobre esto, aunque no recuerda que Teresa de Jesús dijera de viva voz o dejara escrito nada acerca de esta cuestión. Es inhumano no permitir a una monja llorar la muerte de otra monja. De haberlo prohibido, Teresa habría sido cruel. Pero ella nunca lo fue. ¿De dónde ha salido, entonces, esta norma tan dura? La Maestra se lo está preguntando y siente la llama de las lágrimas en la garganta, debe tragarse el fuego cuando mira a la Madre Priora tan quieta sobre su humilde jergón.

Otras seis sillas ya han sido ocupadas y la Maestra no se ha dado cuenta. En una se ha sentado la Madre Superiora; también están la Clavaria, la Tornera y Receptora, la Refitolera, la Sacristana y la Llavera. Todas ocultan sus caras tras el velo. Alguna podría estar llorando silenciosamente, pero ya no importa, porque nadie podrá notarlo. Aunque no quedan más sillas, siguen entrando monjas. Se quedan de pie, dispuestas a velar a la Madre Priora, tíasas cual estacas. Deberían de haber colocado más sillas, pero la Madre Superiora lo ha prohibido. Nadie ha preguntado por qué, y es que las órdenes de la Superiora, faltando la Priora, no se cuestionan, se acatan. Veinticinco mujeres llenan la habitación. Huele a cera y a sudor, pero no a santidad. Las dos donadas avanzan por el pasillo arrastrando los pies y se sitúan junto al marco de la puerta, sin entrar en la celda. Tras ellas viene la Enfermera. En una mano lleva un velo blanco especial con el que tatará el rostro de Luisa cuando la Superiora se lo indique. No tiene por qué hacerlo pues ella se encarga de cuidar a las monjas enfermas y no a los muertos. La última vez que cuidó a Luisa fue hace poco tiempo; estaba ya muy mala, pero un milagro del Señor la hizo recuperarse. Esta vez, el mismo mal que padeció entonces se la ha llevado para siempre. Quiere mucho a la Madre Priora, y cuando la ve desde la puerta, de cuerpo presente en el centro de la celda, como durmiendo en su jergón que no alcanza a cubrir toda la cama, siente que su corazón

se va con ella. Todavía recuerda los sabios consejos que le dio cuando entró de novicia en el convento. Luisa le dijo que el espíritu de Teresa de Jesús la sostenía en los momentos de flaqueza; que incluso una Madre Priora sufría infiernos personales, pero que estos desaparecían rezando a Dios con la misma intensidad con que lo hizo Teresa. Le llegó a explicar cómo había de buscar con la mirada el Cielo, aun estando en su celda, pero que debía rebuscar sobre todo en su interior, porque allí habita Dios. La Enfermera no olvida esta lección; aparta con una mano, suavemente, a las donadas y entra en la celda. El aire es irrespirable. Al verla, la Madre Superiora le hace un gesto para que cubra la cara de Luisa con el velo. La Enfermera se aproxima al cadáver y obedece. Después se aleja y se mete entre las monjas que están de pie. Ya velan a la Madre Priora veintiséis mujeres. Contando a las donadas, son veintiocho. La Superiora les ordena que entren en la celda. Ahora todas rezan juntas.

UNA DE LA MADRUGADA DEL 13 DE FEBRERO DE 1622

—¿ESE RUMOR?

—Rezan.

—¿Por quién?

—Por ti.

—No veo sus caras.

—Llevan el velo, y tú también, por eso no puedes verlas, solo oírlas.

Las donadas han traído unas jarras con agua y vasos para que todas beban. Velar no ha de implicar mortificar la carne. La Madre Superiora es la primera en beber; levanta un poco su velo con su mano arrugada y se lleva el vaso a los labios. Después todas la imitan.

—Señor.

—Dime.

—Necesitaba más tiempo.

—...

—Te lo pedí.

—Lo sé.

—Y no me lo has concedido.

—Has cumplido conmigo.

—Pero siento que no es suficiente.

—Deja de castigar tu conciencia. Has hecho todo lo que debías. Has estado entregada a mí más de medio siglo entre estas paredes. ¿No te parece suficiente penitencia para alcanzar la vida eterna?

—Todavía dudo, Señor.

—Ah, entraste dudando y sales dudando. ¿Es que acaso no recuerdas lo que pensabas cuando se cerró la puerta del convento tras de ti?

—No puedo olvidarlo.

—Eras tan joven...

—Casi diecinueve años tenía.

—... y hermosa, como tus hermanas.

—Andrea y Magdalena.

—Ellas no me amaban a mí, su amor era distinto al tuyo.

—Eres injusto, Señor.

—...

—A veces los esposos no saben cumplir. Mis hermanas lo entendieron muy pronto, por eso...

—Avergonzaron a sus padres, saltando de cama en cama. Cuánto sufrieron el pobre sordo y su amada mujer. Los tengo cerca de mí.

—Andrea y Magdalena quisieron ser libres. Hubo un tiempo en que yo también pensé en ello.

—No hace falta que lo confieses ahora. Sé que has llevado muy dentro de ti ese pensamiento todos estos años.

—Pero te he sido fiel.

—Entre estas paredes todas son fieles de cuerpo casi siempre, pero nunca de pensamiento.

—Perdóname, Señor.

—Estás perdonada.

—¿Y mis hermanas? He rezado mucho por ellas. Al fin entraron en la Orden Tercera de San Francisco.

—Pero no ha bastado. Han de esperar para estar junto a mí.

—¿Y mis hermanos?

—El primero, Andrés, murió al poco de nacer, y ahora está conmigo. De Miguel, sé que me ha buscado en todas partes, también en sus escritos; se metió en la Orden Tercera, y su vida ha sido ejemplo para otros hombres. Lo tendré en cuenta. En cuanto a Rodrigo: se parecía tanto a Miguel; los dos se amaban y juntos sufrieron penalidades; murió luchando por mí, y eso me complace. Y el último...

—Juan.

—Llevó el hábito.

—Me lo dijeron.

—Siempre dudé de su sinceridad. Consagrar la hostia no garantiza un lugar en el Cielo.

—Quedo yo.

—Ya te he dicho que estás perdonada. Tú has vivido más que ninguno. Todos están muertos desde hace tiempo.

—Eso me ha hecho sufrir. No sabía que Juan también había muerto.

—...

—Iban llegando aquí las noticias. Me dejaron en el torno una carta, y luego otra...

—...

—En 1585, mi padre. En 1593, mi madre. En 1600, Rodrigo. En 1609, Andrea. En 1611, Magdalena. En 1616, Miguel. Entonces, ¿murió Juan?, no recuerdo la fecha.

—No la recuerdas porque mientras te lo comunicaba Miguel en persona, te daba una pequeña bolsa con dinero y tú le entregabas algo a cambio, y ni te enteraste. Giró el torno, primero hacia ti y luego hacia él.

—¿Juan murió antes que Miguel?

—Eso ya no importa. Miguel se llevó lo que tú le diste.

—No sé qué cosa pudo ser; no me acuerdo.

—Estás mintiendo, Luisa, pero ya me da igual.